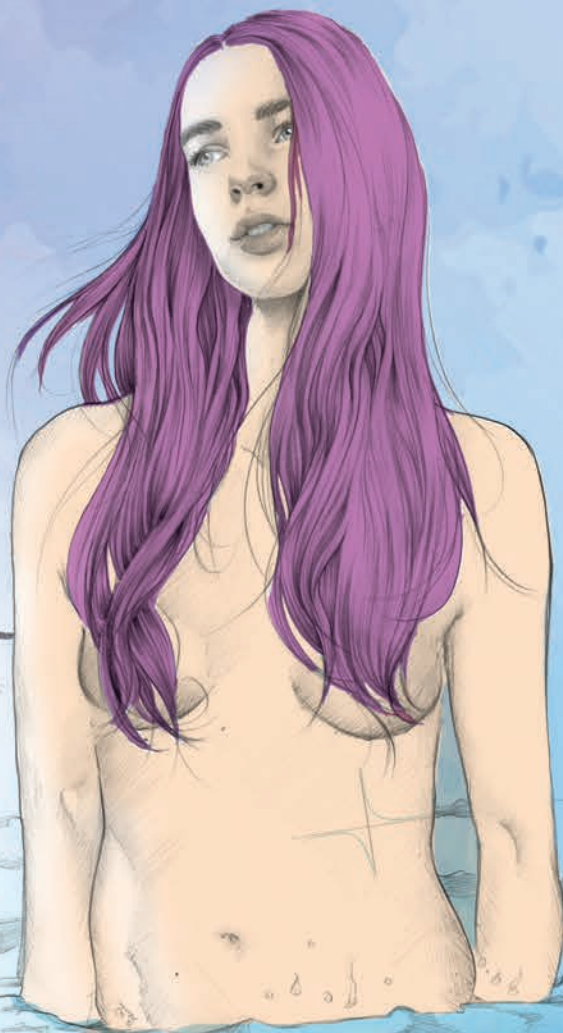




Asintota

CARLOS MIGUEL CORTÉS



DESTINO

DESTINO, 2017
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Carlos Miguel Cortés, 2017
© ilustraciones de cubierta e interior: Elena Pancorbo, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2017
ISBN: 978-84-08-16919-2
Depósito legal: B. 2.638-2017
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

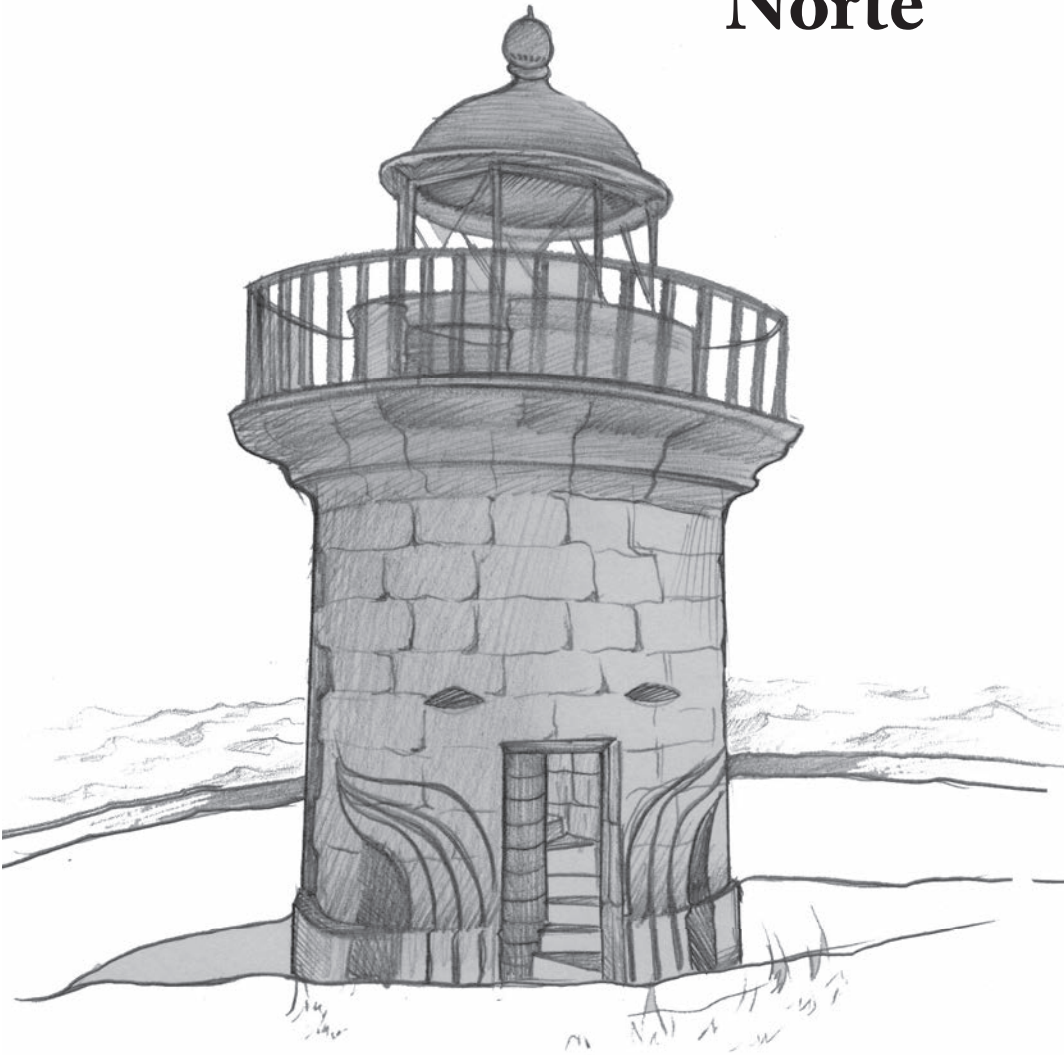
Asintota

CARLOS MIGUEL CORTÉS



DESTINO

Norte



Faro del Caballo

A tierra, Guerra, Pisón, adenina, suma, mañana, corazones, John Lennon, primavera, toda existencia es sufrimiento.

Éstos son malos tiempos. Los hijos han dejado de obedecer a sus padres y todo el mundo escribe libros.

Cicerón 106 – 43 a. C.

Hay que tener confianza en uno mismo, ahí reside el secreto. Aun cuando estaba en el orfanato y recorría las calles buscando qué comer para vivir, incluso entonces me consideraba el actor más grande del mundo. Sin la absoluta confianza en uno mismo, uno está destinado al fracaso.

Charles Chaplin

Aún crepitan las brasas del incendio que fuimos.

The Majestic

Al principio
me daba miedo
caminar sobre el alambre,

hasta que supe,
tras años de funambulista,

que el alambre
es mi manera
de tierra firme.

Batania Neorrobio

Adoro la ambivalencia poética de una cicatriz, que tiene dos mensajes:

Aquí dolió, aquí sanó.

Louis Madeira

Yo no creo en la suerte. Pero sí creo que nos conocemos desde siempre. Cuando se produjo el Big Bang, todos los átomos del universo se mezclaron en un punto muy pequeño que explotó y se expandió. Así que mis átomos y tus átomos estaban juntos entonces, y probablemente se hayan mezclado varias veces en los últimos 13.000 millones de años. Mis átomos ya conocían a tus átomos y se han conocido desde siempre. Mis átomos siempre han amado a los tuyos.

I Origins

Pi π

Yo no creo en el amor a primera vista.

Pero cuando te vi por primera vez, que mientras esperabas leías mi libro favorito, ese cuyas palabras llevo tatuadas, y no sólo en la mente... empecé a plantearme esa posibilidad.

En el INEM. No había otro sitio. No podía ser en mitad de un parque, en una cena con amigos, en una cafetería de modernos o en una discoteca. No, elimino esto último. No habría preferido encontrarte en una discoteca. De fiesta, nunca te habrías fijado en mí. Se me da fatal conocer a gente en discotecas. El pasar de las miradas a las palabras me parece un salto inabarcable. Y eso que en las palabras me siento más cómodo que en el sofá de mi casa.

En el INEM. El lugar que le ha arrebatado a los cementerios el título de *Sitio más triste del mundo*. Atestado de gente abatida, funcionarios ausentes y hasta un guardia de seguridad. Que nunca he acabado de entender qué es lo que protege un segurata en el INEM. Ay, que me lío.

En el INEM.

No parecías como todo el mundo que estaba a tu alrededor. Decir que irradiabas un halo de luz sería tan tópico que mejor me lo callo. Pero algo irradiabas. Vete a saber si era calor. No estaba tan cerca como para comprobarlo, pero anda que no me habría gustado.

Sonríes. Dejas de hacerlo. Joder, debería estar penalizado dejar de hacer algo tan hermoso.

No levantas la vista de tu libro. Y a mí ya se me ha olvidado qué he venido a hacer aquí. Sólo pienso en de qué manera salgo de aquí con una forma de volver a verte. Cada número me deja menos margen, porque está claro que cualquiera puede ser el tuyo. Tic. Tac. Tic. Tac. Ahora ya sé por qué nunca llevo reloj.

Plin. Otro número más. B-47. Levantas la vista. Mierda. Es el tuyo. Cierras cuidadosamente el libro, metiendo el maldito B-47 como marcapáginas. Soy tan idiota que me enamoro irremediablemente de la manera en que caminas hacia la mesa. Doblas la esquina y desapareces.

Y ahora es cuando yo me planteo que aquí debería acabar todo. Como esos chispazos eléctricos que te recorren entero y te dejan unos segundos pensando en que ha sido tan intenso que hasta te ha gustado. Como esas miradas con las que te chocas en el metro y saltan cadenas entre esos pares de ojos que los atan, hasta que cada uno sigue su camino aún enganchado. Como esos polvos visuales que pegas con alguien en la playa. Instantes que se acaban antes de poder saborearlos del todo.

Pero no. Esta vez no. No me daba la gana de que acabara ahí. Seguramente no volvería a verte después de esa mañana, así que me la iba a jugar del todo. Así que hice lo único que podía hacer. Sentarme y esperar a que volvieras a doblar esa esquina de la que no despegaba la vista.

Mis neuronas estaban a punto de iniciar una huelga. Todas las ideas que tenía sobre cómo asaltarte eran desechadas una tras otra.

Porque en realidad así lo consideraba. Un asalto.

Siempre he tenido reticencias a hablarle a una desconocida. Invadir el espacio vital de una persona que no te lo ha pedido me parece algo irrespetuoso. Y ya no te cuento silbar a una chica por la calle, soltarle un asqueroso piropo (que, por cierto, todos los piropos a desconocidas lo son), o actos similares. Ésos ya son totalmente repugnantes. Las mujeres, por desgracia, ya tienen que soportar a diario a suficientes babosos como para tener claro que no quiero formar parte de ese grupo.

Pero a la vez, hay cierta parte de mí que no ve la maldad en ciertas acciones, siempre desde el respeto, el tener claro las señales y que un *no* es un *no*, sin más interpretación posible. Hay tantas historias bellas que nacen en encuentros fortuitos que me niego a pensar que ya no se pueden crear nuevas.

Estas cosas seguro que son más fáciles para los tipos altos, guapos y con ese desparpajo inicial que tanto nos cuesta sacar a algunos. Para mí, acercarme a una chica que no conocía y decirle algo que no fuera preguntarle por alguna dirección se me antojaba como un salto a la piscina desde el trampolín más alto, sin saber o no si había agua debajo de mí. Después, esa inseguridad estúpida e intrínseca la perdía, cuando iba ganando terreno, pero la posibilidad de resultar molesto, o ganarme un *no* a la primera de cambio siempre me hacía pensar en la caída.

Doblas la esquina. Y yo sin un plan. Y tú sin el libro en la mano. El libro... era lo único que sabía de ti, aparte de lo físico. Lo demás eran intuiciones de observador. Podías haberlo guardado en el bolso. Pero me arriesgué.

Miro al panel informativo. B-47 = mesa 7. Por suerte, el funcionario se estaba tomando su tiempo para llamar al siguiente.

te. Corro a la mesa mientras tú sales por la puerta. Si la cago, te pierdo. Pero no, ahí está, esperándome en la mesa. Tu libro. El mío. No ése, pero también es mi libro. Ya me entiendes.

Lo cojo, diciéndole al funcionario y sin darle tiempo a reaccionar: «Es el libro de mi amiga, se lo ha dejado. La anterior chica. Gracias», y me voy. Tengo que alcanzarte antes de que cruces alguna calle que me haga tener que dividirme en dos personas para seguir buscándote. Lo cual sería un engorro, porque aún no he aprendido a hacer eso.

De camino a la salida, ojeo las páginas. Subrayado y palabras escritas en los márgenes. Un ejemplar hecho a medida. Como siempre pensé que se debería hacer con ese libro.

Salgo por la puerta y veo tu coleta cruzar un paso de cebra y doblar la esquina.

Te pillé.

Corro tras de ti y te alcanzo rápido. Pero voy con la lengua fuera y no es plan. Paro un par de segundos, lo justo para recobrar el aliento y decirte...

—Espera.

Te das la vuelta. Pareces jodida. Pero, claro, ¿Quién no sale jodido del INEM?

—¿Sí?

—Eh... hola. Creo que te has dejado algo importante en la oficina.

—¿La dignidad dices?

Ácida. Justo como me gusta. Y lo has dicho sonriendo. Creando esa máscara que todos tenemos a mano para cuando nos habla un extraño por la calle y tenemos que parecer las personas más felices de esta ciudad y de parte del extrarradio.

Río.

—Quizás. Pero me refería a esto —digo mientras te tiendo «nuestro» libro.

—Sí, ya. Que me estoy flipando mucho. No te preocupes, yo también lo noto. Tiendo a hacerlo. Así me va.

Se ve que sí, que era importante para ti. La cara te cambia al alivio sincero del que recupera algo sin siquiera darse cuenta de que lo había perdido. Y me sonrías y empieza a hacer cada vez más calor o a lo mejor soy yo que me estoy derritiendo.

—Uf. Gracias. Menos mal que no lo he perdido...

—Ya. Perder *Rayuela* siempre debería ser un drama. Y más, si está tan bien cuidado como éste.

—¿Bien cuidado? ¡Pero si está lleno de garabatos!

—Justo a eso me refiero. Escribir en el margen de un libro es crear nueva vida. Y subrayarlo es como resucitar palabras que ya estaban casi en el tanatorio.

—Entonces éste está más vivo que yo...

Uuy. Eso no ha sonado bien. Pero, vamos, que si me dejas el subrayador, yo te revivo ahora mismo. Podemos empezar por subrayar este momento, que a mí me parece de lo más importante...

—Ehhh... ya. Bueno... gracias por devolvérmelo. Pero tengo que irme.

Ouch. Me he pasado. ¿Y ahora? Al carajo.

Me coloco al borde del trampolín. Directo a la piscina sin saber si está llena. No miro al vacío. Redoble de tambores. Todo el público atento. Esto no es un mortal, esto es un suicidio.

Oigo en mi cabeza: «Salta por la ventana, ¡valiente!».

—¿Sabes? Creo que podría contarte un par de cosas de Cortázar que seguro que no conoces. Y creo que mi hazaña rescatando tu *Rayuela* se merece un café.

—No sé si después de lo que me han dicho ahí dentro tengo para un café... pero vale.

—Yo elijo el sitio. Te va a gustar. ¿Qué te parece mañana por la mañana en la plaza de las Tortugas? Y vamos juntos, está algo escondido.

—Vale. A las 10, que tengo cita para recoger el pasaporte sobre las 11 por allí cerca.

—¿Pasaporte?

—Me voy a Tailandia a vivir. Dentro de cuatro días. ¡Hasta mañana!

Pum. Caí. Parecía que había agua, pero se evaporó de repente llevándose todo el calor. Cuatro días. Es muy poco tiempo para todo lo que me gustaría hacerte.

MAMIHLAPINATAPAI

Es una palabra del idioma de los indígenas yaganes de Tierra del Fuego, considerada «palabra más concisa del mundo», y es uno de los términos más difíciles de traducir.

Describe «Una mirada entre dos personas, cada una de las cuales espera que la otra comience una acción que ambas desean pero que ninguna se anima a iniciar».

1

Cuando pasen unos días
desearás haber empezado hoy.
¿A hacer qué?
Eso es cosa tuya.
Pero hazlo ya, y hazlo sin miedo.
¿Te imaginas lo que debe de ser eso?
Nada importa que miren o juzguen,
nada importan los que no aportan,
como no importa el posible beneficio,
ni el resultado.
Si crees que merece la pena,
merece la pena.
Aunque lo hagas mal.
Porque el tiempo sólo es dinero
cuando lo malgastamos en lo realmente inútil.
Y ningún segundo de goce, de amor, de verdad,
es un segundo desperdiciado.

Te dirán muchas veces
al empezar:
«Tienes que dejarlo, no eres bueno»,
pero ten una cosa clara:
si lo dejas, nunca serás bueno.

Comprométete con tu tiempo.
No se puede conquistar,
porque quien pelea contra el tiempo
siempre pierde.
Pero cuídalo.

No sólo es lo más importante que tienes,
es que es lo único.
Manda sobre todos y sobre todo,
así que puedes elegir entre entretenerte
señalando obstáculos o mover el culo.
No te dejes dominar por complejos y temores,
que no te derriben los miedos antiguos de siempre.
No te pierdas en lo que te gustaría que te gustara.
El momento adecuado o el instante oportuno
jamás llegarán si tú no los creas.

Y recuerda que el día más fugaz es aquel
en el que al fin te lanzas a hacer lo que quieres hacer.

Y que tan quieto está el que no se mueve
como el que sólo corre en círculos.

Reconocer tus metas puede llevarte toda una vida.
El camino está lleno de fracasos, decepciones y alegrías,
de casualidades, de descubrimientos, de dudas y asombros,
porque si fuese de otra manera, sería muy aburrido.

Piénsalo así:
Cada día es un regalo
de los que no vienen
con *ticket* de devolución.

Y ahora tienes por delante toda tu vida.
Parece un gran viaje.
¿Sabes por dónde empezar?
No importa,
sólo piensa en aquello de lo que más ganas tengas.
Aunque lo consideres una pérdida de tiempo.
Al fin y al cabo, todo el mundo pierde el tiempo,
pero de ti depende en qué.

Quizás, a la larga, descubras que ningún tiempo invertido en nada que despertara tus ganas es tiempo perdido.